TRABAJO Y AFECTIVIDAD EN LAS ENSEÑANZAS DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

FRANCISCA R. QUIROGA
Pontificia Università della Santa Croce (Roma)

Trabajo y afectividad en nuestra cultura

En la concepción ordinaria –muy modelada por la visión emotivista del sentimiento– afectividad y trabajo son entendidos, y también vividos por muchos, como realidades humanas diversas, heterogéneas: una objetiva y otra subjetiva; una exterior y la otra interior; una mensurable, la otra ajena a cualquier medida, etc. [1]. Es verdad que en muchos estudios sobre el trabajo –especialmente a partir de la publicación de la Encíclica de Juan Pablo II *Laborem exercens*– se considera la llamada «dimensión subjetiva» del trabajo; pero también en estos casos se estudia su relación con la libertad, el conocimiento, las virtudes, la condición donal de la persona, y sólo tangencialmente se hace alguna referencia a la afectividad [2].

Por otro lado, el trabajo es visto muchas veces en nuestra cultura, como una realidad ambivalente: por una parte, como un ámbito de realización y, por otra, como un factor de alienación y envilecimiento [3].

Se introduce así una fractura en el interior del hombre, que es fuente de conflictos personales y sociales; pensar, por ejemplo en la problemática de la conciliación entre las exigencias de la familia y los requerimientos de la profesión, tan vivos en la sociedad de hoy, especialmente entre las mujeres [4]. Es preciso, por eso, buscar caminos para recompo-

1. Cfr. POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, Rialp, Madrid 1993, pp. 78-79.
2. Cfr. la obra –por otra parte excelente– de CORAZÓN GONZÁLEZ, R., *Fundamentos para una filosofía del trabajo*, en Cuadernos de Anuario Filosófico 72, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1999.
3. Cfr. DONATI, P., «El significado del trabajo en la investigación sociológica actual y el espíritu del Opus Dei», *Romana* 22-1 (1996), pp. 122-134; ver también –del mismo autor– *Il lavoro che emerge*, Bollati Boringhieri, Torino 2001, pp. 100-120; MELENDO, T., *La dignidad del trabajo*, Rialp, Madrid 1992, pp. 20-32; y BUTTIGLIONE, R., *L'uomo e il lavoro*, CSEO, Bologna 1982, pp. 21-30 y 116-124.
4. Cfr. DONATI, P., «El significado del trabajo en la investigación sociológica actual y el espíritu del Opus Dei», cit., p. 134, y CHINCHILLA, N., «Familia y profesión, un desafío coti-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ner la unidad perdida entre trabajo, afectividad y razón, superando la inclinación racionalista presente en la tradición antropológica occidental[5]. En las enseñanzas de san Josemaría Escrivá de Balaguer, pensamos que se pueden encontrar indicaciones válidas para este estudio. Veamos por qué.

Sentido del estudio de esta temática desde las enseñanzas de san Josemaría Escrivá

En razón de la misión divina que había recibido, san Josemaría prestó particular atención a la realización del trabajo, como parte esencial de la vida humana, punto de encuentro cotidiano de cada persona con Dios, camino ineludible para la mayoría, en el que se construye o se frustra el sentido de la vida personal[6].

El trabajo es visto por san Josemaría Escrivá como eje de la vida humana: actividad central alrededor de la cual gira la totalidad de la vida; no la consideraba, sin embargo, ni la única actividad ni la más importante[7].

A la vez que alcanzó una profunda comprensión del sentido antropológico del trabajo, san Josemaría supo encontrar el lugar del corazón en la vida del hombre. A él mismo, uno de los hijos suyos que lo conoció más profundamente, lo ha caracterizado como «un corazón que sabía amar»[8].

Por eso, estudiar qué participación atribuye san Josemaría Escrivá a la afectividad en el cumplimiento del trabajo nos parece que será esclarecedora de la función y el sentido de la afectividad en el conjunto del desarrollo de la vida personal.

Analizaremos algunos textos de san Josemaría sobre el trabajo, tomados de *Camino, Surco, Forja* y de las homilías recogidas en *Es Cristo*

diano», en VV.AA., *The grandeur of Ordinary Life* (vol. XI), Pontificia Università della Santa Croce, Roma 2003, pp. 115-139.

5. Sobre la tendencia racionalista presente en la antropología europea, ver entre otros, LORDA, J.L., «Los sentimientos humanos vistos desde la fe cristiana», *Scripta Theologica*, 33-2 (2001), pp. 495-509 y VON HILDEBRAND, D., *El corazón*, Palabra, Madrid 1996, pp. 31 y ss.

6. Cfr. la homilía «Trabajo de Dios», en JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid, nn. 55-72. Cfr. también ILLANES, J.L., *La santificación del trabajo: el trabajo en la historia de la espiritualidad*, Palabra, Madrid 2001; y FARO, G., *Il lavoro nell'insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá*, Agrilavoro, Roma 2000.

7. Cfr., por ejemplo, JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Forja*, Rialp, Madrid, nn. 679, 684; y *Surco*, Rialp, Madrid 2002, nn. 497, 502, 503.

8. Cfr. ECHEVARRÍA, J., «Mons. Escrivá de Balaguer, un corazón que sabía amar», en VV.AA., *La personalidad del beato Josemaría Escrivá de Balaguer* (2.ª ed.), EUNSA, Pamplona 1994.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que pasa y *Amigos de Dios*. Se han seleccionado buscando aquellos en los que, de alguna manera, aparece la dimensión afectiva de la vida.

Pero antes de adentrarnos en el estudio de estos textos, es preciso exponer dos claves interpretativas que se tendrán en cuenta para analizarlos.

Primera: todas las enseñanzas de san Josemaría hay que situarlas en el plano desde el que fueron concebidas, que es el sobrenatural al que tenemos acceso por la fe. Desde la historia de la humanidad hasta los sencillos sucesos de cada día son vistos desde la perspectiva que sólo se alcanza desde de la fe. La vida sobrenatural es la que reciben quienes son llamados a ser hijos de Dios, a participar en Cristo de la filiación del Verbo por la acción del Espíritu Santo. «La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo»[9].

Sin embargo, la visión sobrenatural no deja en oscuridad la vida humana natural; es más, ayuda a verla con mayor nitidez, con más limpieza y la comprende en su más hondo sentido; no oculta lo humano sino que lo ilumina. Porque la vida sobrenatural no sustituye la vida humana natural, ni se superpone a ella: la asume dotándola de su máximo sentido; además purifica lo humano de aquellas desviaciones que podrían parecer trágica incoherencia de la naturaleza humana, pero que la fe muestra que son efectos del pecado[10].

Por eso, las enseñanzas de san Josemaría pueden ser entendidas también por los que no profesan la fe católica, pero tienen una disposición recta hacia la verdad de lo humano. Por eso, su visión del hombre –que hay que inscribir en la dinámica de la vida sobrenatural– puede ofrecer muchas luces no sólo a quien realiza un estudio teológico del hombre, sino también a la antropología filosófica.

Segunda: el cristocentrismo de las enseñanzas de san Josemaría. Toda la realidad es vista a luz del Verbo encarnado. «Bajo esa luz de Cristo, enteramente poseído por ella, testigo de su belleza, transcurrió

9. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid, n. 65.
10. Cfr. TANZELLA-NITTI, G., «Perfectus Deus, perfectus homo. Riflessioni sull'esemplarità dell'Incarnazione del Verbo nell'insegnamento del Beato Josemaría Escrivá», *Romana*, 25-2 (1997), pp. 360-381.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

la vida del beato Josemaría. Ése es el origen de la cadencia teológica que encontramos en sus escritos, continuación inmediata de su experiencia personal de Dios. Sus enseñanzas son en conjunto, como lo fue su vida, una admirada contemplación del amor y la donación de Dios en Jesucristo y, por ello, una también admirada contemplación del hombre y del mundo, amados por Jesús, redimidos en su Sangre, bañados por la luz del misterio» [11]. Toda la vida humana es vista teniendo como punto de referencia constante a Cristo, perfecto Dios y hombre perfecto. Esta perspectiva le permite ver lo más genuino del ser y del obrar humano: Cristo muestra al hombre quién es el hombre [12].

Ambas claves de lectura están íntimamente relacionadas, porque la primera es la mirada de la fe; y la segunda la mirada de la fe «en Cristo».

Examinando los abundantes textos sobre el trabajo contenidos en las obras publicadas de san Josemaría, encontramos que un número considerable hacen una referencia explícita a la dimensión afectiva de la vida. Sobre éstos hemos centrado el estudio.

El trabajo como actividad propia y característica del hombre

> «El trabajo es la vocación inicial del hombre, es una bendición de Dios, y se equivocan lamentablemente quienes lo consideran un castigo.
>
> El Señor, el mejor de los padres, colocó al primer hombre en el Paraíso, "*ut operaretur*" –para que trabajara» [13].

El trabajo es visto como una actividad natural al hombre, derivada de su naturaleza. En ocasiones le gustaba citar el texto de la Sagrada Escritura: «El hombre nace para trabajar como el ave para volar» [14]. No es algo a lo que se ve forzado contra sus inclinaciones; no es un castigo. Es algo natural y, por tanto bueno, porque es efecto de esa efusión de bien que es la creación. Le gustaba destacar que el libro del Génesis trasmite la disposición divina de que el hombre trabajara en el contexto del Paraíso; se trata, por tanto, de una actividad positiva. El trabajo está incluido en el proyecto de vida feliz que Dios desde el inicio había concebido para el hombre en la tierra.

11. ARANDA, A., *El bullir de la Sangre de Cristo*, Rialp, Madrid 2000, p. 25. Vid. pp. 153-178. Ver también YANGUAS, J.M., «Amare "con tutto il cuore" (Dt 6, 5). Considerazioni sull'amore del cristiano, negli insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá», *Romana*, 26-1 (1998), pp. 149-151.
12. Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 22.
13. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Surco*, cit., n. 482.
14. Job 5, 7.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Las tareas profesionales –también el trabajo del hogar es una profesión de primer orden– son testimonio de la dignidad de la criatura humana; ocasión de desarrollo de la propia personalidad; vínculo de unión con los demás; fuente de recursos; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que vivimos, y de fomentar el progreso de la humanidad entera...

— Para un cristiano, estas perspectivas se alargan y se amplían aún más, porque el trabajo –asumido por Cristo como realidad redimida y redentora– se convierte en medio y en camino de santidad, en concreta tarea santificable y santificadora» [15].

Palabras densas de contenido que, por la terminología empleada –trabajo profesional– nos sitúan no en el contexto originario del Paraíso, como en el anterior, sino en el de nuestro mundo actual con la diversificación del trabajo en una pluralidad de profesiones. Se enuncian primero de forma sintética los rasgos esenciales del trabajo humano: cauce de desarrollo de la personalidad, medio para la comunicación y la donación a los demás, forma de ejercer las propias potencialidades contribuyendo así al progreso de la humanidad.

Se considera después que, al ser el trabajo asumido por Cristo, como todas las realidades humanas naturales, entra de lleno a formar parte del plan redentor de la Trinidad. Ese mismo trabajo humano, siendo el mismo, se integra en una vida nueva, la Vida del Verbo y la de aquellos que participan, por la gracia, de su Vida divina. El trabajo entra así en la dinámica de la santidad de Dios.

Estamos frente a una visión del trabajo, como realidad objetiva, que podría parecer completamente ajena al corazón. No es, sin embargo, así; porque ser consciente de la grandeza y el sentido de la propia actividad genera una actitud afectiva positiva, optimista, emprendedora; muy distinta de la que deriva de un horizonte mental cerrado por la necesidad, la carencia de significado o la sensación de merma de libertad. Cuando Josemaría Escrivá exponía estas ideas, sus palabras, manteniendo el tono de una ponderada corrección, eran dichas con un calor y una fuerza que incidían hondamente en el corazón de los oyentes [16]. Si somos criaturas personales y Dios nos ha creado para trabajar, el desarrollo de nuestra tarea de cada día, en sus momentos gratos y en aquellos duros, en sus perspectivas y en sus oscuridades, en sus éxitos y en sus fracasos ¡interesa a Dios! Así se lo hizo descubrir a innumerables personas.

15. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Forja*, cit., n. 702; Cfr. ÍD., *Es Cristo que pasa*, cit., n. 47, en que se recogen los temas de los puntos anteriores.

16. Cfr., entre otros muchos testimonios que podrían citarse, el de ORLANDIS, J., *Años de juventud en el Opus Dei* (4.ª ed.), Rialp, Madrid 1994, pp. 104-108.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

«Sueño –y el sueño se ha hecho realidad– con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que Él las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre» [17].

Como decíamos en la introducción, toda la vida y las enseñanzas de san Josemaría son eminentemente cristocéntricas. Su comprensión del trabajo nace de la contemplación del trabajo de Cristo: en Él veía lo que podía y debía ser el quehacer de cada hombre, de cada mujer, e invitaba a cada uno, a cada una a que contemplara a Cristo para aprender de Él a trabajar. «Pido a Dios que te sirvan también de modelo la adolescencia y la juventud de Jesús, lo mismo cuando argumentaba con los doctores del Templo, que cuando trabajaba en el taller de José» [18].

Pero no se trata de imitar un modelo externo, sino de obrar de modo que Cristo pueda actuar en cada uno. «Abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter Christus*, *ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención» [19].

Cada persona está insertada en su mundo principalmente por medio del trabajo que desarrolla. Si la vida de Cristo vive en él, hará presente a Cristo allí donde está. «El cristiano vive en el mundo con pleno derecho, por ser hombre. Si acepta que en su corazón habite Cristo, que reine Cristo, en todo su quehacer humano se encontrará –bien fuerte– la eficacia salvadora del Señor. No importa que esa ocupación sea, como suele decirse, "alta o baja"; porque una cumbre humana puede ser, a los ojos de Dios, una bajeza; y lo que llamamos bajo o modesto puede ser una cima cristiana, de santidad y de servicio» [20].

La identificación con Cristo da nuevas perspectivas al trabajo del cristiano que tiene consecuencias operativas, también a nivel afectivo. Saber que a Cristo le interesa mi trabajo, que quiere realizarlo conmigo, implica luchar para purificarlo de sentimientos que no pueden ser asu-

17. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 20.
18. ÍD., *Surco*, cit., n. 484.
19. ÍD., *Es Cristo que pasa*, cit., n. 183.
20. Ibíd.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

midos por Él: vanagloria, prepotencia, desconfianza, etc. «A Cristo le interesa ese trabajo que debemos realizar –una y mil veces– en la oficina, en la fábrica, en el taller, en la escuela, en el campo, en el ejercicio de la profesión manual o intelectual: le interesa también el escondido sacrificio que supone el no derramar, en los demás, la hiel del propio mal humor»[21].

La ilusión profesional

Trabajar con Cristo hace descubrir y aquilatar el valor intrínseco del propio trabajo; de manera que la ocupación que ya se desarrollaba con gusto y dedicación, para la que se está bien dotado, se vive todavía con una mayor ilusión; una ilusión profesional que es la misma y que es nueva. «Ha querido el Señor que sus hijos, los que hemos recibido el don de la fe, manifestemos la original visión optimista de la creación, el "amor al mundo" que late en el cristianismo.

— Por tanto, no debe faltar nunca ilusión en tu trabajo profesional, ni en tu empeño por construir la ciudad temporal»[22].

La referencia a la «ilusión profesional» es frecuente en la enseñanzas de san Josemaría Escrivá sobre el trabajo. Trabaja con ilusión quien es consciente del valor intrínseco de lo que hace, del servicio que presta; si vive su tarea dándose cuenta íntimamente de que es aquella que corresponde a su vocación profesional, aquella en la que puede hacer rendir en beneficio de los demás los talentos que posee. Esta conciencia no es sólo cognoscitiva: es en buena parte afectiva; por eso, conlleva un talante interior propio y unas manifestaciones en la acción.

Cada actividad productiva humana tiene una finalidad inmediata y una lógica propia; comporta el ejercicio de unas capacidades y requiere unos conocimientos. En cada actividad profesional hay una serie de valores que suscitan distintas instancias afectivas. Es lo que se denomina ilusión profesional. El aprecio por el valor de la tarea que se realiza, se expresa afectivamente y redunda en su buena realización. Igualmente el no reconocimiento del valor de la propia tarea produce sentimientos negativos –frustración, aburrimiento, enojo– que perjudican su buena realización. El cumplimiento de un trabajo pone en ejercicio, en mayor o menor medida, la afectividad: un trabajo rutinario o que hace gozar; un trabajo que rinde y hunde, o un trabajo gozoso que multiplica las fuerzas para sacarlo adelante, venciendo resistencias, afrontando ries-

21. Ibíd., n. 174.
22. ÍD., *Forja*, cit., n. 703.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

gos. La voluntad decisional no es la única fuerza que impulsa el trabajo; ordinariamente en el quehacer profesional se ponen en marcha distintos recursos afectivos.

Cuando falta o decae la ilusión profesional, el trabajo se hace con desgana, con aburrimiento, con resignación o con irritación y enfado; porque se trabaja en algo que desagrada, que humilla, que pone de manifiesto el poco valer, que hace sentirse despreciable. Falta la ilusión cuando una tarea no se ve ni se siente como significativa para la realización de la propia vida ni la de quienes se quiere. Un filósofo español contemporáneo afirma que la ilusión tiene siempre un supuesto amoroso: quien se ilusiona está animado por un amor[23]. En el texto de *Forja* que acabamos de ver, se considera precisamente el amor al mundo como el fundamento de la ilusión profesional.

Trabajo y amor

Nos estamos acercando a lo que es uno de los puntos centrales de la enseñanza de san Josemaría Escrivá sobre el trabajo y que entra directamente en la cuestión que nos hemos propuesto estudiar. Se expresa en dos párrafos del número 48 de *Es Cristo que pasa*, en el contexto de la visión del trabajo que hemos podido contemplar en el taller de Nazaret. Después de haber hablado de la dignidad del trabajo humano, afirma cuál es su fundamento: «... la dignidad del trabajo está fundada en el Amor»[24]. El trabajo será tan valioso como el amor que lo sustenta y le hace ser; si vale, es sobre todo por ser expresión de la más noble capacidad del hombre: la de amar; capacidad que el hombre no se otorga a sí mismo sino que le es regalada con la donación del ser de hombre, que no es sólo tierra: tiene una componente espiritual. «El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas, decir un tú y un yo llenos de sentido. Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos constituye miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara»[25].

Cuando san Josemaría Escrivá utiliza el término «amor» con mayúscula –«Amor»– se está refiriendo al amor del ser único e Infinito, a Dios. Ya es amor el dirigido a otra criatura, a la que se descubre como buena, irrepetible, admirable; pero mucho más lo es cuando Dios es el

23. MARÍAS, J., *Breve tratado de la ilusión* (3.ª ed.), Alianza Editorial, Madrid 1990, p. 106.
24. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 48.
25. Ibíd.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

término de la relación amorosa. La capacidad de amar es tan gratuita como el ser; y si es don la capacidad de amar a otra persona humana, es un don incomparable la capacidad que Dios nos concede cuando nos abre la entrada a la intimidad de su amor haciéndonos partícipes de su vida trinitaria.

La relación de amor con Dios –como afirma en otro momento también en *Es Cristo que pasa*– es una relación de totalidad que compromete a la persona entera[26]. Se dice sí al amor de Dios con la totalidad de la vida, cumpliendo el plan suyo, es decir, desarrollando todas las posibilidades de bien inscritas en el propio ser personal.

Ahora bien, si Dios ha puesto en la naturaleza humana la capacidad de trabajo, al desarrollarla, la persona que se ve situada en el plan del amor divino, vive su trabajo como una respuesta de adhesión, de amor, a ese proyecto. «Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por Él, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: "ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios" (1 Cor 10, 31)»[27].

En la homilía *Trabajo de Dios* se expresa también esta idea: el trabajo tiene todo su sentido cuando se realiza como una respuesta al amor creador y redentor de Dios. Sólo trabajando por Amor, el hombre se realiza plenamente: «... hemos de conducirnos movidos por Amor, nunca como el que soporta el peso de un castigo o una maldición: "todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de Él gracias a Dios Padre" (Col III, 17)»[28].

Trabajar con plenitud de sentido, respondiendo al amor de Dios, no es equivalente a trabajar con ausencia de esfuerzo, sin fatiga, al margen de éxitos y fracasos. «Ocúpate de tus deberes profesionales por Amor: lleva a cabo todo por Amor, insisto, y comprobarás –precisamente porque amas, aunque saborees la amargura de la incomprensión, de la injusticia, del desagradecimiento y aun del mismo fracaso humano– las maravillas que produce tu trabajo. ¡Frutos sabrosos, semilla de eternidad!»[29].

26. Cfr. ibíd., n. 46.
27. Ibíd.
28. Íd., *Amigos de Dios*, cit., n. 71.
29. Ibíd., n. 68.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Rasgos del trabajo manifestativos del amor

El amor configura íntimamente el trabajo; por eso, es posible distinguir en una tarea rasgos que manifiestan el amor. San Josemaría Escrivá tenía una gran sensibilidad para darse cuenta de cuando un trabajo había sido hecho por amor, con mucho amor, con menos amor, con poco amor[30]. En *Surco* escribía: «Después de conocer tantas vidas heroicas, vividas por Dios sin salirse de su sitio, he llegado a esta conclusión: para un católico, trabajar no es cumplir, ¡es amar!: excederse gustosamente, y siempre, en el deber y en el sacrificio»[31].

Gozaba indeciblemente cuando veía a personas que trabajaban así, excediéndose gustosamente en el deber y en el sacrificio, porque advertía entonces una prueba segura de lo más valioso: el amor. Igualmente sufría cuando advertía en el modo de realizar un trabajo, y en sus resultados mismos, la ausencia de amor.

El amor no es entonces una intención exterior al trabajo, sino que lo configura internamente. El trabajo hecho por amor se manifiesta en unos rasgos característicos.

a) *Calidad técnica*

En primer lugar, quien trabaja por amor se empeña –dentro de las limitaciones humanas– en trabajar bien. No todo el que logra la excelencia en su profesión u oficio trabaja por amor; pero quien ama, aspira a ofrecer una obra bien hecha. Y si es cristiano, si quiere identificarse con Cristo en su labor, lo hará lo mejor posible. «La responsabilidad cristiana en el trabajo no se traduce sólo en llenar las horas, sino en realizarlo con competencia técnica y profesional... y, sobre todo, con amor de Dios»[32], escribe en *Forja*. Y en el número 980 del mismo libro: «Con tu doctrina de cristiano, con tu vida íntegra y con tu trabajo bien hecho, tienes que dar buen ejemplo, en el ejercicio de tu profesión, y en el cumplimiento de los deberes de tu cargo, a los que te rodean: tus parientes, tus amigos, tus compañeros, tus vecinos, tus alumnos... –No puedes ser un chapucero»[33].

Tenía verdadero horror a la chapuza, porque la veía como una muestra de falta de amor de Dios. «Si queremos de veras santificar el

30. Cfr. URBANO, P., *El hombre de Villa Tevere*, Plaza y Janés, Barcelona 1995, pp. 215-216.
31. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Surco*, cit., n. 527.
32. ÍD., *Forja*, cit., n. 705.
33. Ibíd., n. 980.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

trabajo, hay que cumplir ineludiblemente la primera condición: trabajar, ¡y trabajar bien!, con seriedad humana y sobrenatural»[34]. Es interesante la distinción entre seriedad humana y seriedad sobrenatural: esta última requiere la humana; y ésta puede se enaltecida por la sobrenatural, llegando así a su plenitud de sentido. En *Surco* escribe: «No se puede santificar un trabajo que humanamente sea una chapuza, porque no debemos ofrecer a Dios tareas mal hechas»[35]. La perfección sobrenatural reclama y exige la excelencia humana.

El empeño por realizar una labor humanamente bien hecha no aparta de Dios: todo lo contrario. En cambio, no acerca a Dios una tarea mal hecha. Hemos de buscar la cercanía de Dios, pero no «lograremos ese fin si no tendemos a terminar bien nuestra tarea; si no perseveramos en el empuje del trabajo comenzado con ilusión humana y sobrenatural; si no desempeñamos nuestro oficio como el mejor y si es posible –pienso que si tú verdaderamente quieres, lo será– mejor que el mejor, porque usaremos todos los medios terrenos honrados y los espirituales necesarios, para ofrecer a Nuestro Señor una labor primorosa, acabada como una filigrana, cabal»[36].

b) *Atención a los detalles*

El trabajar por amor se manifiesta en el cuidado de los detalles en el cumplimiento de la propia tarea. Es verdad que hay personas más inclinadas a los pormenores y otras que se fijan más en las líneas de conjunto; hay pintores de pincelada fina y otros de brochazo generoso y enérgico. Pero hay detalles que «sólo percibe la pupila que ha dilatado el amor»: así lo había visto en la vida de san Josemaría una de las personas que lo trató más profundamente y más tiempo vivió con él: Mons. Álvaro del Portillo. «¿No te da alegría esa certeza, segura, de que Dios se interesa hasta de las más pequeñas cosas de sus criaturas?»[37]. Quien tiene esta fe, se esmera en los detalles de un trabajo que desea ofrecer a Dios. «Me has preguntado qué puedes ofrecer al Señor. –No necesito pensar mi respuesta: lo mismo de siempre, pero mejor acabado, con un remate de amor, que te lleve a pensar más en Él y menos en ti»[38].

34. Ibíd., n. 698.
35. ÍD., *Surco*, cit., n. 493.
36. ÍD., *Amigos de Dios*, cit., n. 63.
37. ÍD., *Forja*, cit., n. 619.
38. ÍD., *Surco*, cit., n. 495.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

c) *Un trabajo acabado*

Un trabajo «acabado»: ahí veía también una manifestación clara del trabajo hecho por amor. El esfuerzo por llevar el trabajo hasta el final, bien rematado, es expresión de amor y alimenta el amor. Ese esfuerzo implica pasar por encima de uno mismo –del cansancio, de la prisa, del deseo de «empezar otra cosa»– porque se piensa en quién es el destinatario de ese trabajo.

Hay muchos trabajos cuya ejecución requiere un despliegue de tareas a lo largo de un tiempo prolongado. Mantener el esfuerzo hasta llegar al final es muestra de amor y lo alimenta. Por eso san Josemaría no era amigo de bendecir la primera piedra de un edificio: prefería bendecir la última: ésa es la importante «ya que recoge, como un símbolo, el trabajo duro, esforzado y perseverante de muchas personas, durante largos años» [39].

El amor que llega a acabar la tarea ha sido capaz de superar obstáculos, de sacrificar sentimientos, como el cansancio, la irritación, la sensación de ridículo, que hayan ido surgiendo a lo largo de la tarea «El mejor espíritu de sacrificio es la perseverancia en el trabajo comenzado: cuando se hace con ilusión, y cuando resulta cuesta arriba» [40]. En cambio, es amor tibio aquel que se rinde ante el esfuerzo que comporta acabar la faena. «Prueba evidente de tibieza es la falta de "tozudez" sobrenatural, de fortaleza para perseverar en el trabajo, para no parar hasta poner la "última piedra"» [41].

La visión del amor que se nos ofrece en los textos que acabamos de examinar, no es la de un fenómeno intimista, puramente subjetivo; tanto menos un fenómeno que se sitúe en el plano material-sensible, ni exclusiva ni principalmente. Se ve el amor como eminentemente factivo; es más tiene unas exigencias concretas para la acción productiva. Y es también criterio y medida de los demás sentimientos.

d) *Trabajo y alegría*

Una muestra inequívoca de trabajo hecho por amor es la alegría. Un trabajo aburrido, descontento, desazonado, impaciente, irritado... no es un trabajo hecho por amor. Escribía en *Forja*: «¡Todo por Amor! Éste es el camino de la santidad, de la felicidad.

Afronta con este punto de mira tus tareas intelectuales, las ocupaciones más altas del espíritu y las cosas más a ras de tierra, ésas que ne-

39. Íd., *Amigos de Dios*, cit., n. 55.
40. Íd., *Forja*, cit., n. 409.
41. Ibíd., n. 489.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cesariamente hemos de cumplir todos, y vivirás alegre y con paz»[42]. Y más adelante: «Trabaja con alegría, con paz, con presencia de Dios.

— De esta manera realizarás tu tarea, además, con sentido común: llegarás hasta el final aunque te rinda el cansancio, la acabarás bien..., y tus obras agradarán a Dios»[43].

La alegría, que evidentemente es un sentimiento positivo y cualificante de la vida, no es ajena a la acción productiva; igualmente su contrario la tristeza, que puede presentar diversas formas. Tristeza y alegría no corren paralelas al trabajo: pueden y deben brotar del trabajo mismo. Quien trabaja consciente de que su quehacer no es un castigo, ni una actividad impuesta desde fuera, sino algo connatural, tiene la disposición básica para trabajar con alegría. Es lógico que la valoración positiva de un trabajo por parte de los demás contribuya a que se realice con alegría. He aquí uno de los motivos para que la dignidad de todo trabajo reciba un reconocimiento, que tenga una expresión en las leyes, en la economía, en la estimación social.

Trabajar por los demás bien y gustosamente conlleva alegría y paz; trabajar captando el sentido profundo del trabajo lleva a desempeñarlo sin rutina, con entusiasmo; pero no son esos sentimientos lo que se persigue; no hace falta buscarlos precisamente porque brotan espontáneamente del trabajo bien realizado por amor. El motivo del trabajo –por lo menos el motivo principal– no puede ser «sentirse bien», porque entonces se cerraría el paso al amor y se lo abriría al egoísmo. En algún momento se pueden echar de menos sentimientos que en otras ocasiones impulsaron el trabajo; pero esta ausencia no disminuye la calidad de la tarea si se mantiene firme la disposición afectiva principal que ha de originar y sostener el trabajo: el amor de Dios y a los demás. Amor que es entregado, generoso, que pone en segundo plano el propio yo. «"Se me ha pasado el entusiasmo", me has escrito. –Tú no has de trabajar por entusiasmo, sino por Amor: con conciencia del deber, que es abnegación»[44].

El amor es intrínseco al trabajo

En la visión del trabajo que tenía san Josemaría Escrivá el amor es una fuerza intrínseca al trabajo mismo, tanto el amor a Dios como el amor a los hombres; de modo diferenciado pero unitario: no hay verdadero amor a Dios sino sólo la apariencia, cuando falta el amor debi-

42. Ibíd., n. 725.
43. Ibíd., n. 744.
44. Íd., *Camino*, cit., n. 994.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

do a los demás. El recto amor a las personas es ya de algún modo amor a Dios, en cuanto que es amar lo que Él mismo ama.

Se ama a los demás en el trabajo cuando se concibe la propia actividad como un servicio que se presta a aquellos a los que va dirigido. De ahí que, quien trabaja impulsado por un efectivo espíritu de servicio se esfuerza por hacer su trabajo técnicamente bien. «Por eso, como lema para vuestro trabajo, os puedo indicar éste: "para servir, servir. Porque, en primer lugar, para realizar las cosas, hay que saber terminarlas. No creo en la rectitud de intención de quien no se esfuerza en lograr la competencia necesaria, con el fin de cumplir debidamente las tareas que tiene encomendadas. No basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo. Y, si realmente queremos, ese deseo se traducirá en el empeño por poner los medios adecuados para dejar las cosas *acabadas*, con humana perfección"»[45].

Pero si la calidad técnica del trabajo responde a motivos que excluyen o ignoran a las personas que tienen relación con ese trabajo, no sería entonces expresión de amor. «Ese servir humano, esa capacidad que podríamos llamar técnica, ese saber realizar el propio oficio, ha de estar informado por un rasgo que fue fundamental en el trabajo de San José y debería ser fundamental en todo cristiano: el espíritu de servicio, el deseo de trabajar para contribuir al bien de los demás hombres»[46].

Un cristiano no puede enterrar sus capacidades humanas, sino que ha de hacerlas rendir en provecho de los demás, porque Dios quiere servirse de él para darse a conocer a otros. «Si miramos nuestra vida con humildad, distinguiremos claramente que el Señor nos ha concedido, además de la gracia de la fe, talentos, cualidades. Ninguno de nosotros es un ejemplar repetido: Nuestro Padre nos ha creado uno a uno, repartiendo entre sus hijos un número diverso de bienes. Hemos de poner esos talentos, esas cualidades, al servicio de todos: utilizar esos dones de Dios como instrumentos para ayudar a descubrir a Cristo»[47].

Se ama en el trabajo cuando se presta un servicio efectivo a aquellos a quienes va dirigido: el médico que hace un diagnóstico certero y un tratamiento eficaz, el corredor de fincas que ofrece al cliente el edificio que necesita, con la ubicación adecuada y a un precio asequible; el zapatero que te devuelve el calzado como nuevo... Pero no basta la calidad objetiva: ha de estar hecho con una disposición de aprecio, de estima de respeto por las personas; en caso contrario, «no sirve» para una

45. Íd., *Es Cristo que pasa*, cit., n. 50.
46. Ibíd., n. 51.
47. Íd., *Amigos de Dios*, cit., n. 258.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

de sus finalidades más importantes: dar lugar a relaciones humanas positivas: porque no humilla, no separa, no crea barreras, no genera sentimientos de venganza. El trabajo es un vínculo de unión con Dios y de los hombres entre sí; pero esta relación no es puramente cognoscitiva o voluntaria: se construye en buena medida con afectos, principalmente con el amor[48]. Lo mismo la incomunicación, la rotura, el conflicto, tienen una alta componente afectiva.

El trabajo realizado con verdadero espíritu de servicio es advertido por los demás sobre todo afectivamente. Así sucedía en el taller de José en Nazaret. «En Nazaret, José sería uno de los pocos artesanos, si es que no era el único. Carpintero, posiblemente. Pero, como suele suceder en los pueblos pequeños, también sería capaz de hacer otras cosas: poner de nuevo en marcha el molino, que no funcionaba, o arreglar antes del invierno las grietas de un techo. José sacaba de apuros a muchos, sin duda, con un trabajo bien acabado. Era su labor profesional una ocupación orientada hacia el servicio, para hacer agradable la vida a las demás familias de la aldea, y acompañada de una sonrisa, de una palabra amable, de un comentario dicho como de pasada, pero que devuelve la fe y la alegría a quien está a punto de perderlas»[49].

Si el amor forma parte del núcleo mismo del trabajo, toda la afectividad «entra» en la actividad productiva[50], que exige, por otro lado, la acción directiva de la inteligencia. Un trabajo hecho por amor, impulsa el ejercicio de la razón para encontrar el modo mejor de realizarlo. Y si se une el trabajo al servicio, se lo saca del ámbito del yo para abrirlo a la entrega a los demás, a lo que otro necesita, a lo que a otro sirve.

Cuando la persona que trabaja es un cristiano ha de empeñarse en actuar identificándose con Cristo, amando con su corazón. Y esto ha de manifestarse en el trabajo. La afirmación de Jesús es terminante y clara: «... en esto os conocerán, ¡en que os amáis los unos a los otros! Por eso, siento la necesidad de recordar constantemente esas palabras del Señor. San Pablo añade: "llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gal VI, 2). Ratos perdidos, quizá con la falsa excusa de que te sobra tiempo... ¡Si hay tantos hermanos, amigos tuyos, sobrecargados de trabajo! Con delicadeza, con cortesía, con la sonrisa en los labios, ayúdales de tal manera que resulte casi imposible que lo noten; y que ni se puedan mostrar agradecidos, porque la discreta finura de tu caridad ha hecho que pasara inadvertida»[51].

48. Cfr. ÍD., *Camino*, cit., n. 545.
49. Ibíd., n. 545.
50. Sobre la centralidad del amor en la dinámica afectiva, véase la obra de PIEPER, J., «Amor», en *Las virtudes Fundamentales* (5.ª ed.), Rialp, Madrid 1997, especialmente p. 438.
51. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, *Amigos de Dios*, cit., n. 44.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Quien ha recibido el don inmerecido de la gracia divina –gracia de Cristo– sabe que Dios quiere actuar en él, hacer sentir a otros, a través de él, los efectos de su amor. «Por el Bautismo, somos portadores de la palabra de Cristo, que serena, que enciende y aquieta las conciencias heridas. Y para que el Señor actúe en nosotros y por nosotros, hemos de decirle que estamos dispuestos a luchar cada jornada, aunque nos veamos flojos e inútiles, aunque percibamos el peso inmenso de las miserias personales y de la pobre personal debilidad» [52]. En las relaciones humanas que se originan a partir del trabajo, los cristianos han de ir aprendiendo a reaccionar afectivamente como Cristo: «... con serenidad, libres de odios, de recelos, de ignorancias, de incomprensiones, de pesimismos, porque Dios todo lo puede» [53].

La deficiencia de amor afecta intrínsecamente al trabajo

Cuando el noble impulso al amor que hay en el corazón de cada hombre, no se cultiva de manera que se desarrolle, es inevitable que crezca el egoísmo. Y como el trabajo está siempre movido por el amor, un amor falso, deficiente, torcido lo desvirtuará. El trabajo queda viciado desde su raíz cuando se hace por falsos amores que, en definitiva, son reducibles a un desordenado amor a sí mismo, que excluye el amor de Dios. Refiriéndose al estudio –pero lo mismo podría aplicarse a cualquier actividad profesional–, escribe san Josemaría Escrivá:

> «Es necesario estudiar... Pero no es suficiente.
>
> ¿Qué se conseguirá de quien se mata por alimentar su egoísmo, o del que no persigue otro objetivo que el de asegurarse la tranquilidad, para dentro de unos años?
>
> Hay que estudiar..., para ganar el mundo y conquistarlo para Dios. Entonces, elevaremos el plano de nuestro esfuerzo, procurando que la labor realizada se convierta en encuentro con el Señor, y sirva de base a los demás, a los que seguirán nuestro camino...
>
> — De este modo, el estudio será oración» [54].

Hay textos de san Josemaría muy expresivos del clima afectivo que se produce con el trabajo en el que está operativo el buen amor; y otros en los que describe el ambiente afectivo que crea el trabajo movido por amores poco rectos, e decir el que es resultado de un trabajo egoísta [55].

52. Ibíd., n. 210.
53. Ibíd.
54. ÍD., *Surco*, cit., n. 526.
55. Cfr. ÍD., *Amigos de Dios*, cit., n. 202.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Una vida profesional brillante, llena de éxitos, puede malograrse por falta de amor, produciendo en la misma persona y a su alrededor frutos amargos [56]. Perseguir exclusivamente a la afirmación del propio yo genera amargura y desasosiego que salen del sujeto al exterior contaminando afectivamente el ambiente humano, aunque no sea ésa la intención del egoísta.

Como el trabajo es un bien, algo necesario para la realización humana propia y de aquellos que deben ser beneficiados por él, cuando está desvirtuado por una deficiencia en el amor repercute negativamente en el conjunto de la afectividad; en cambio, el trabajo movido por un amor recto es positivo para el conjunto de la vida afectiva. «La tristeza y la intranquilidad son proporcionales al tiempo perdido. –Cuando sientas impaciencia santa por aprovechar todos los minutos, la alegría y la paz te colmarán, porque no pensarás en ti» [57]. Y más adelante: «Cuando comprendas ese ideal de trabajo fraterno por Cristo, te sentirás más grande, más firme, y todo lo feliz que se puede ser en este mundo, que tantos se empeñan en hacer destartalado y amargo, porque andan exclusivamente tras de su yo» [58].

El trabajo bien realizado, por amor, generosamente, tiene una connotación afectiva característica: la alegría. Por el contrario, la tristeza y el desasosiego son índices de falta de amor en el trabajo. «Pasas por una etapa crítica: un cierto temor vago; dificultad en adaptar el plan de vida; un trabajo agobiador, porque no te alcanzan las veinticuatro horas del día, para cumplir con todas tus obligaciones...

— ¿Has probado a seguir el consejo del Apóstol: "hágase todo con decoro y con orden"?, es decir, en la presencia de Dios, con Él, por Él y sólo para Él» [59].

San Josemaría Escrivá tuvo oportunidad de comprobar en la experiencia la eficacia del mensaje del que era portador. Cientos, miles de personas a los que ha cambiado el panorama afectivo de su trabajo.

> «Santificar el propio trabajo no es una quimera, sino misión de todo cristiano...: tuya y mía.
>
> — Así lo descubrió aquel ajustador, que comentaba: "me vuelve loco de contento esa certeza de que yo, manejando el torno y cantando, cantando mucho –por dentro y por fuera–, puedo hacerme santo...: ¡qué bondad la de nuestro Dios!"» [60].

56. Ibíd., n. 47.
57. Íd., *Surco*, cit., n. 510.
58. Ibíd., n. 528.
59. Ibíd., n. 512.
60. Ibíd., n. 517.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Conclusiones

Las enseñanzas de san Josemaría sobre la santificación del trabajo aportan luces para superar un planteamiento analítico de la antropología, que presenta el riesgo de perder la unidad de la vida humana: la de cada persona singular.

Una tradición secular, presente en la antropología actual, tiende a una consideración analítica del hombre[61]. El conocimiento se estudia en su formalidad específica, distinta de la propia del sentimiento y diversa también de la actividad productiva o factiva. Esta visión que contribuye a la comprensión de la complejidad de lo humano, ha de ser completada con un momento sintético que, sin perder los hallazgos de la antropología analítica, recupere la unidad del vivir.

Dentro de las dimensiones del vivir, nuestra cultura –por lo menos en los sectores intelectuales y académicos– privilegia bien la acción, bien el conocimiento; el sentimiento, la dimensión afectiva es vista frecuentemente como un ornato o acompañamiento de lo que se juzga central en la vida: producir o conocer. Y tantas veces el conocimiento se subordina a la acción: vale y se explica en la medida que sirve a la producción. Tanto el análisis de la «ilusión profesional» como de la vinculación esencial entre trabajo y amor, que encontramos en las enseñanzas de san Josemaría, como su referencia concreta a varios sentimientos, ofrecen líneas para superar esta concepción reductiva de la afectividad.

La visión del hombre que subyace en las enseñanzas de san Josemaría sobre el trabajo mantiene una armonía entre las tres dimensiones fundamentales del vivir, situando en una posición central la afectiva. El núcleo de la vida humana es el amor, que viene a ser como el nervio de nuestro vivir. Un amor que se sostiene por la verdad, que sería como la osamenta que lo protege, lo alza, le da solidez y continuidad. El conocimiento es intrínseco al amor; el amor está penetrado, iluminado internamente por el conocimiento. Y ambos son el alma del trabajo, de la acción factiva.

Las enseñanzas de san Josemaría pueden por eso ser un poderoso estímulo para la elaboración de una antropología que no pierda de vista, sino que explique la unidad y la complejidad de nuestro vivir. Unidad de dimensiones materiales y espirituales, sin confusión pero en distinción. Unidad entre acción productiva, afecto y conocimiento. Unidad entre dimensiones sensibles y espirituales. Unidad entre espontaneidad y disciplina. Unidad entre lo recibido como un don y lo que

61. Cfr. POLO, L., *Quién es el hombre*, Rialp, Madrid 1991, pp. 46-53.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

se conquista con empeño. Unidad entre realización personal y donación a los demás. Unidad entre vida humana y vida sobrenatural.

En los textos que hemos examinado, vemos que el quehacer sobre el mundo material se entiende como finalizado al servicio de las personas, del mismo modo que todo el mundo material, en el plan creador divino está ordenado al cumplimiento de la vida de quien es corpóreo-espiritual. Porque es espiritual, el hombre es capaz de una vida libre, de un amor que requieren intrínsecamente un conocer. Por ser corpóreo-espiritual, el hombre dignifica, enaltece todos los elementos materiales que necesita para realizar una vida que es también esencialmente corpórea. Porque es espiritual capta la verdad, el bien y la belleza, los goza y los realiza. Porque es corpóreo-espiritual sabe ver y producir verdad, bien y belleza con sonidos y colores con superficies y masas. Puede producir las obras de la cultura que crean una belleza, una verdad y un bien inéditos, que no están en la naturaleza.

La visión antropológica de Josemaría Escrivá está lejos tanto de un espiritualismo desencarnado como de un materialismo cerrado sobre sí mismo. Tampoco hay un predominio o un sometimiento de la materia al espíritu, sino un enriquecimiento de todo lo material por la acción fecundante del espíritu[62].

62. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, SAN, Homilía «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 2001, nn. 114-115.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei